

cismo. Y esto no lo decimos nosotros, sino los propios norteamericanos: "La nueva América no será capitalista en el viejo sentido, ni será socialista. Si por el momento el rumbo es hacia el fascismo, será un fascismo americano, incorporando la experiencia, las tradiciones y las esperanzas de una gran nación de clases medias". (Current History Magazine, julio de 1933). Así hablan también Mussolini de la "nueva" Italia y Hitler de la "nueva" Alemania. Socialismo, no, desde luego: ¿pero tampoco capitalismo? Monsergas. El fascismo es la política suprema del capital financiero. "El New Deal", la política del régimen de Roosevelt, expresada en la National Industrial Recovery Act y en las leyes concomitantes, representa el ensayo más vasto y despiadado del capital financiero para consolidar su poder mediante el dominio de toda la industria por la fuerza integral de la máquina del Estado; para mantener sometidos a los obreros bajo una explotación extrema e intensa mediante una reducción de los standards de vida universales; para dirigir sobre esta base y sobre la base del dólar depreciado una campaña mundial de conquista de mercados, y para preparar directamente, como consecuencia, la guerra inevitable" (1). Este es el lenguaje de un verdadero marxista. Al principio pudo engañar el plan de Roosevelt; pero hoy, al tercer año de experimentación, sólo engaña a los ilusos—dejémoslo en ilusos—y a los bien avenidos con el alto capitalismo. No nos extenderemos más en el tema, porque acerca de él hemos aportado antes de ahora testimonios irrefutables (2) y aún volveremos a ocuparnos más de una vez: un colaborador lo hace también en este mismo número.

La apología de los tráfugas

En el discurso se alude a los tráfugas del socialismo, a los Millerand, a los Briand, a los Boncour, a los Ramsay Macdonald, a los Snowden, a los Mussolini, pero no para condenarlos, sino para justificar su desertión, pues esos cambios son "preferibles a la permanencia en las filas de las organizaciones socialistas de militantes poseídos de una pasión gubernamental perfectamente legítima si se satisface arriesgando responsabilidades propias". Además, "no es fácil negar que (el tráfuga)

fuga) aporta a la política gubernamental burguesa una serie de hábitos, de tendencias y de propensiones a la acción que significan realmente una infiltración del socialismo en el campo de sus adversarios".

La tesis no puede ser más peregrina. Se comprende que se aplaudiera a los que se van del socialismo por esta única razón: porque han dejado de ser socialistas y porque quieren colaborar en la perpetuación del capitalismo, como los mencionados. En efecto, hombres, así estorban y son funestos en un partido revolucionario, y hay que ponerles, si lo necesitan, puente de plata. Pero si de los partidos socialistas fueran a marcharse todas las "personalidades dotadas de aptitudes de hombres de gobierno", poseídos "de una pasión gubernamental perfectamente legítima", ¿qué quedaría de ellos? Pues los partidos políticos existen para gobernar, hoy o mañana, y los hombres que ingresan en ellos es porque tienen ambición o pasión de gobierno. Otra cosa no sería un partido, sino una academia platónica o utópica, o una orden monástica. De modo que legitimar y aún estimular que se pasen a los partidos burgueses los hombres más dotados de aptitudes de gobierno para que infiltren "socialismo en el campo de los adversarios", equivale a querer convertir los partidos socialistas nada más que en viveros de infidentes al servicio de la clase capitalista. La masa obrera no tendría en este caso otra misión que ser una inmensa matriz de desleales y ambiciosos de baja ley encargados de traicionar perennemente a la clase que los ha levantado sobre el pavés. Lindo porvenir le esperaría al socialismo. Supongo que cuando los Boncour, los Macdonald, los Snowden, los Mussolini, etc., conozcan esta maravillosa tesis de marxismo académico, la harán inscribir en letras de oro.

Socialismo liberal y fascismo ultraburgués

Pasemos de largo sobre "La crítica del marxismo" y sobre las "Principales objeciones al ideario de Marx", porque, no conociendo aún cuál es la tesis marxista, según el nuevo académico, su crítica y su antítesis adolecen, por lo menos, de falta de orden metodológico. Luego viene el "Materialismo de la Historia y Lucha de clases", pero sobre este capítulo volveremos más adelante. Le sigue "La incubación filosófica del fascismo", y aquí si queremos detenernos un momento. Disquisiciones someras sobre Kant (no podían faltar, aunque nada tengan que ver

con el marxismo ni con el antimarxismo, en el prontuario, antes aludido, de un profesor de Filosofía). También se alude a Bentham. ¿Que tampoco tiene relación con Marx? Pues sí la tiene, sí.

Para los socialistas ingleses, y señaladamente para los fabianos, el utilitarismo o radicalismo filosófico de Bentham ha sido uno de los baluartes que siempre han opuesto a Marx. En uno de los folletos de la Sociedad Fabiana, en el titulado Socialism: True and False, escribía Sidney Webb en 1894: "Aunque no podemos contar en nuestras filas con ningún hombre del calibre de Bentham y James Mill; aunque no poseamos ni la riqueza ni la posición de los radicales filosóficos de la primera mitad del siglo, creo, sin embargo, que el trabajo que tenemos por delante es análogo al suyo. Los socialistas son los benthamistas de esta generación". Nada de marxismo. Benthamismo, evolucionismo liberal. Todavía hoy se escribe esto en Inglaterra: "En casi todos los otros países, los partidos socialistas proceden en gran parte de Marx. Entre nosotros la influencia de Marx ha sido pequeña. Aquí procedemos—si es que procedemos en absoluto de los escritores—principalmente de fuentes nativas, Bentham y Owen, Morris y Ruskin, Blatchford, los Webbs y Shaw, Wells en algunos de sus humores, Tawney y Cole" (1).

Y dice Besteiro por su parte—lo que confirma esta su hasta ahora inédita inclinación a los pensadores ingleses: "Si con una inspiración marxista, pudiéramos optar, sin duda alguna habríamos de decidirnos por la solución que representan Inglaterra y los países escandinavos". (Página 128 del discurso). Pero en esos países no ha habido ni hay "inspiración marxista". Ni el pensamiento inglés—fuera de los economistas—influyó en Marx, cuyas maestras filosóficas fueron principalmente Alemania y Francia. El marxismo e Inglaterra han sido hasta ahora dos mundos inconciliables. Besteiro opta por el segundo. La alusión a Bentham—típicamente fabiano—es luminosa para caracterizar la mentalidad del disertante.

En cuanto al fascismo, nos fijaremos en dos afirmaciones del discurso, prescindiendo del hecho extraño—que no acredita, por cierto, una información muy profusa—de que para explicar la doctrina fascista sólo se eche mano de un discurso aislado de Hitler, como si fascismo y nacionalsocialismo fuesen idénticos, y co-

(1) Practical Socialism for Britain, por Hugh Dalton, pág. 17, Londres, 1935.

mo si no hubiera fuentes más completas (1). La primera afirmación se refiere a las supuestas coincidencias entre la doctrina marxista o comunista y la fascista. "Ambas preconizan la necesidad, en el momento en que actualmente se encuentran las naciones, del ejercicio de una política dictatorial." (Pág. 117). Pero la dictadura no la han inventado el marxismo, ni el comunismo, ni el fascismo. La casi totalidad de la historia humana ha transcurrido bajo dictaduras de casta o de clase, y hasta los sistemas modernos de democracia parlamentaria son, para muchos marxistas, nada más que dictaduras encubiertas de la burguesía. De suerte que, con este criterio simplista, no sólo se parecen el marxismo y el fascismo entre sí, sino que ambos se asemejan también a casi todos los regímenes políticos que han existido desde los orígenes de la Humanidad, lo cual equivale a reducir al absurdo la Historia pasada y presente, que debe ser y es diferenciación y dialéctica creadora. Es como si se dijera que el verdugo y el ajusticiado coinciden en que ambos usan la horca.

La otra afirmación es la siguiente: "El fascismo somete políticamente a la democracia burguesa y la priva de sus derechos; pero económicamente la sirve". (Pág. 111.) Donosa interpretación marxista de un fenómeno histórico. Pues si, según el marxismo—como luego veremos—, la base económica de la sociedad determina o condiciona la superestructura del Estado, ¿cómo puede decir un marxista que un partido sirve a la burguesía en lo económico y la sojuzga en lo político? El destino, desde el punto de vista del marxismo, es garrafal y significa recaer en el error que Marx combatió desde sus primeros escritos en Hegel y luego en sus antiguos compañeros de izquierda hegeliana, al querer aquél y éstos concebir el Estado como institución independiente de las clases dominantes en la sociedad. Es también el error de los liberales modernos. El fascismo—como Roosevelt—sirva a la burguesía en la sociedad y en el Estado, que son una misma cosa. Si a la burguesía, mientras sea dueña del capital, no le convinieran las dictaduras de Hitler y de Mussolini y los paños calientes de Roosevelt, estos hombres no estarían en el Poder ni veinticuatro horas. Pensar otra cosa es no darse

(1) La literatura nacionalsocialista, como la fascista, es ya copiosísima; pero no se puede hablar competentemente de la "doctrina" del nacionalsocialismo sin tener en cuenta dos obras que todavía siguen siendo sus fundamentos ideológicos: Mein Kampf, de Hitler, y Der Mythos des 3^{er} Jahrhunderts, de Alfred Rosenberg.

(1) R. Palme Dutt: Fascism and Social Revolution, pág. 247. Londres, 1934.

(2) Véase "La ilusión de Roosevelt", LEVIATAN, octubre, pág. 83.